

MÁS SOBRE LA POESÍA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

Miguel Hernández es uno de los escritores más interesantes que ha dado la literatura del siglo que ahora termina. Sin duda, de toda su extensa obra -porque hay que tener en cuenta que el teatro del poeta oriolano es relativamente voluminoso-, su poesía es la que constituye su más significativa aportación a las letras contemporáneas. Los lectores de Hernández saben que hay poemas suyos que son inexcusables en las antologías de la lírica contemporánea, y saben desde luego del extraordinario mérito de este poeta autodidacta que llevó a sus versos toda su fuerza natural, toda la potencia de su exacerbada sensibilidad de muchacho sano y apasionado, que tanto admiraron sus cultos y refinados contemporáneos, a los que conquistó con su impulsiva y descarada naturalidad, con su sinceridad sin límites, con su riqueza verbal y con su fecunda expresividad.

Por eso, celebramos que Miguel Hernández siga siendo lectura predilecta de estudiantes y estudiosos, pero sobre todo de amantes de la poesía contemporánea. Por eso celebramos que Miguel Hernández se siga editando con pulcritud, y que aparezcan nuevas versiones de libros suyos, cuidadas por especialistas valiosos. La reciente aparición de una nueva *Antología poética* de Miguel Hernández¹, esta vez con intención pedagógica, en la colección Castalia Didáctica, pone de manifiesto el interés que siempre ha despertado el singular poeta de Orihuela, cuya poesía tan cercana a la vida ha estado y está, tal como se adelanta a señalar Antonio A. Gómez Yebra en las palabras preliminares de su estudio introductorio. La vida de un poeta contemporáneo, en pocos casos, es tan interesante para comprender su obra como en el de Miguel Hernández, cuya trayectoria existencial desde orígenes escasamente cultivados hasta un final patético, pasando por espacios de autoformación cultural y de compromiso político activo, tanto ha llamado la atención de sus lectores.

Poeta excepcional, de gran fuerza y vitalidad juvenil mantenida siempre, fue también atento escucha de las novedades literarias más avanzadas de su tiempo, que le capacitaron para crear una poesía innovadora en cuanto a su formación, y personal en lo que

1 Miguel Hernández, *Antología poética*, edición de Antonio A. Gómez Yebra, Castalia Didáctica, Castalia, Madrid, 1998.

a su ejecución se refiere, aunque siempre queda la duda de lo que el futuro de un poeta, muerto a los treinta y un años, podía habernos deparado. Creó un obra personal en las distintas facetas que cultivó pero cuando su producción comenzaba a madurar, sufrió las dos grandes calamidades que la delimitaron y la condujeron por caminos inesperados: la guerra y la cárcel. La muerte, temprana y singularmente cruel, vendría a dar al traste con lo que se ofrecía como gran promesa de la lírica española en la época de mayor esplendor de nuestro siglo.

No ocupa el desarrollo de la actividad poética de Miguel Hernández un lapso temporal excesivamente extenso. Los primeros poemas que publicó son de los últimos años veinte y la muerte le sobrevino en marzo de 1942. Poco más de una década de producción nos permiten, sin embargo, advertir una evolución muy intensa y una gran transformación de esquemas e intereses poéticos que van desde una obra inicial vinculada a la tradición a una poesía final, nuevamente vinculada a esquemas rítmicos muy tradicionales, pero de gran originalidad e intensa y patética emoción humana. En un escritor de tan corta existencia es raro establecer tantos espacios distintos como en Miguel Hernández, espacios que nos permiten asistir a diferentes momentos de una obra tan múltiple como variada. Y la explicación hay que hallarla desde luego en la intensidad de su existencia y en las múltiples experiencias vitales que definieron su poesía, su gran capacidad de creación y su extraordinaria vitalidad, su originalidad incuestionable, entre el gongorismo, la escuela de Calderón, la huella de Quevedo, Lope de Vega y Garcilaso, la presencia de Pablo Neruda y Vicente Aleixandre, hasta integrarse en la poesía épico-lírica de la guerra y la oscura experiencia de la cárcel. Sobre estos espacios, brilla la fuerte personalidad de un joven poeta que va aportando sus rasgos propios.

La edición de Antonio A. Gómez Yebra cumple con todos los requisitos esenciales para dar a conocer y acercar esta poesía a los lectores. Junto a la completísima selección de poemas (están todos los más conocidos y representativos de Miguel, incluso aquellos que nos sabemos de memoria), una abundante, generosa y muy inteligente anotación a pie de página descubre matices que en una primera lectura no llegarían nítidamente, sin esta ayuda, al lector juvenil. Además, un sintético estudio preliminar, que informa de la vida y la significación del poeta («trayectoria vital» y «trayectoria poética»), y unas orientaciones didácticas para el estudio del poeta, situadas al final del libro, completan este útil volumen, modélico en su género. Lo importante es que estudiosos y editoriales pongan, a disposición de los jóvenes lectores, a aquellos poetas que verdaderamente sirven para formar su cultura y su identidad como ciudadanos. Miguel era de éstos, y edición y editor cumplen generosamente con la saludable exigencia de acercar la poesía a los más jóvenes.

Posteriormente ha aparecido, en la restaurada colección de Clásicos Universales de Losada, una interesante edición de dos libros completos del poeta: *El rayo que no cesa*,

escrito como sabemos entre 1934 y 1935, y *Viento del pueblo*, escrito en 1937². La novedad de esta edición radica en el completísimo prólogo de José María Balcells, que, de forma muy académica, distribuye el espacio de su trabajo, entre la información bio-bibliográfica con referencia a las distintas etapas estéticas del poeta y su significación literaria, junto al estudio concreto de los dos libros editados, sin duda las dos mejores obras de Hernández, que se completan en esta edición con los textos próximos desde el punto de vista cronológico de *Imagen tu huella* y *El silbo vulnerado*.

La condición que le ha atribuido la crítica de genial obra maestra a *El rayo que no cesa* parece justificada por su indudable perfección. Veintisiete sonetos, distribuidos en dos series de trece más uno final, acoplados entre tres poemas distintos, demuestran hasta qué punto el poeta era consciente de que su libro debía revestir unas claras condiciones de ordenación. La única verdad de *El rayo que no cesa* es la manifestación del amor del poeta, amor apasionado y encendido en los límites de la propia realidad, como destino trágico del hombre y como simbólica concreción de la dureza de su existencia. La presencia, en el primer poema, del cuchillo, cortante, heridor, pero también objeto deseado por su condición de simbólica vía de acceso al mundo del amor, nos integra en una concepción mítica de la pasión amorosa que inmediatamente, también en el mismo poema inicial, culminará en el símbolo del rayo, incesante, encendido, perenne, eterno, como lo es el amor del poeta y su destino. La violencia sugerida, en un plano de alto simbolismo, por los objetos alegóricos antes señalados, nos sitúa en el clima apasionado y metafísico adecuado para comprender el alcance de este «rayo que no cesa», de este impecable libro hernandiano. El destino es tema central en el libro. Destino inseparable como el rayo, destino del poeta que se ve fatalmente conducido al mundo del amor tintado con el tizne de los negros presagios, revelador de la recurrencia insistente al color negro, que culminará en la imagen del toro. El poeta se ve arrastrado, «umbrío por la pena» hacia el gran presagio de la muerte que preside con tanta fuerza *El rayo* como gran parte de toda la poesía hernandiana, en especial a partir de este libro. Ni siquiera la anécdota momentánea del limón tirado con gracia, símbolo también del ardiente deseo de la posesión sexual, nunca conseguida, puede ocultar lo que en definitiva es una «picuda y deslumbrante pena». Como el mar que insiste en deslizarse por la arena, una y otra vez, el poeta se ve prendido a esa pena fatal, a ese destino que insiste en presagiar.

Viento del pueblo supone en la expresión de Miguel Hernández, un regreso a la sencillez de poeta en la guerra. Ya no es momento de alambiques retóricos y el poeta, en la línea más sólida de la poesía social y política, practica la sobriedad de la expresión y casi la sencillez, lo que posiblemente irá en detrimento de alcances estéticos más notables. Pero, a cambio, ha ganado en emotividad, en fuerza entrañable para enfrentar la lucha común contra el opresor. Las metáforas, los símbolos, las alegorías buscan una

2 Miguel Hernández, *Imagen de tu huella, El silbo vulnerado, El rayo que no cesa, Otros poemas, Viento del pueblo*, prólogo de José María Balcells, Clásicos Universales, Losada, Barcelona, 1998.

expresividad singular y se nutren de elementos poco rebuscados, procedentes muchas veces del mundo agrícola y rural al que el poeta pertenece. Poemas como «Vientos del pueblo me llevan» o «El niño yuntero» trascienden más allá de la anécdota que los produce y se convierten en reflejo de un espíritu de combate no exento de sensibilidad y ternuras especiales. Su poesía de guerra conserva y manifiesta con claridad su espíritu épico, al que mucho contribuye la figura de los héroes recordados, muertos o vivos, combatientes de la gesta de la libertad y de la justicia, personajes reales recordados con su propio nombre o evocados en colectivos singulares y muy representativos de la gente de combate, como ocurre en «Aceituneros». En la «Canción de la ametralladora» es la originalidad de las metáforas lo más destacable, mientras que en el «Canto de la Independencia» nos introduce en el ambiente de lo que será su próximo libro *El hombre acecha*, ya que contiene todo el genio de Miguel reflejado en la vehemencia de unas imágenes expresionistas y en la dureza de un verso sólida y sustantivamente construido y coronado finalmente por el anhelo de la paz, la libertad y el triunfo y permanencia de la causa popular.

El estudio preliminar de José María Balcells se ocupa, de forma sintética, aunque no exenta de solidez científica, de valorar todas las aportaciones que estos libros hacen a la poesía de nuestro siglo, tanto desde el punto de vista de los tonos poéticos como de la temática, de las estructuras, del respeto a la tradición o de las innovaciones. Igualmente sobresalen las referencias al compromiso con la causa popular que Miguel asume en el segundo libro. Pero lo interesante es el conjunto. Entre *El rayo que no cesa* y *Viento del pueblo* hay una continuidad reflejada en la presencia de esas dos elegías que son fundamentales en la lírica del siglo que acaba: la dedicada a Ramón Sijé, con la que se cierra cronológicamente el *Rayo*, y la dedicada a Federico García Lorca, con la que se abre *Viento del pueblo*. En el intermedio, los poemas sueltos de esos años, la segunda elegía a Sijé, las odas a Aleixandre y a Neruda, los recordatorios de Garcilaso y Bécquer, nos devuelven, qué duda cabe, al mejor Miguel Hernández. Alabados sean, por todo lo dicho, ambos libros que, en sus mejores páginas, tan gran poeta nos permiten leer y redescubrir.